

GLOBALIZACIÓN Y RESISTENCIA ADAPTATIVA

Ángel Gómez de Ágreda

Teniente coronel del Ejército del Aire (DEM)

Hay dos términos que necesitamos definir en castellano para entender el presente y construir el futuro. El primero de ellos es «globalización». Interesa distinguirlo de «mundialización» como dos fenómenos sucesivos pero distintos en su concepto y en sus consecuencias. El segundo término es resistencia adaptativa, como podríamos traducir *resilience* del original en la lengua de Shakespeare. No se corresponde completamente con las traducciones sugeridas en los diccionarios de «capacidad de recuperación», «resistencia» o «elasticidad» sino que, como veremos, viene a ser una suerte de mezcla de los tres conceptos.

«Mundialización» es el fenómeno que se produjo durante el siglo XX con la eclosión de las comunicaciones electromagnéticas y de los medios de comunicación asequibles al bolsillo de los ciudadanos. Mi abuelo pasó toda su vida en provincias, a 200 kilómetros de Madrid, sin llegar a visitar nunca la capital. Para muchos en su generación y en la de nuestros padres el servicio militar (o la guerra) supusieron la primera –y, en ocasiones, la única– experiencia más allá de su provincia o, incluso, en su pueblo.

Hace años que existen fenómenos que tienen alcance mundial. Del turismo de escala local o nacional de principios del siglo XX hemos pasado a porcentajes muy grandes de la población que viaja con cierta frecuencia a miles de kilómetros de su residencia. La televisión ha acercado la cultura de los países productores de contenidos al resto del mundo y ha producido una cierta homogeneización de las ideas en buena parte del mundo con acceso a la señal. El interés por el conocimiento de idiomas, incluso el tácito acatamiento del inglés como lengua vehicular, son síntomas de esa mundialización.

Sin embargo, ninguno de esos fenómenos suponen globalización. Internet, como tal, tampoco significa más que otro instrumento de alcance mundial para «jibarizar» el globo terráqueo. No es el alcance de los fenómenos lo que le da un carácter globalizado (porque no es lo mismo global que globalizado; mientras que global indica que tiene vigencia en todo el globo, globalizado indica «característico de la globalización», que definiremos ahora). Un fenómeno puede ser mundial sin tener nada que ver con la globalización.

Lo realmente definitorio de la globalización es la *interdependencia* entre los fenómenos. En la red de relaciones que se establecen entre los nodos mundiales, no es la longitud de los hilos lo que da pie a la globalización, sino la interconexión entre ellos. La diferencia es la misma que la que hay entre la tela de araña que está construida con hilos sueltos que unen vértices y la que está fabricada en un solo hilo que zigzaguea de uno a otro (como en una raqueta de tenis). En el primer caso, cada hilo es independiente y su rotura tiene poca influencia en los demás; en el segundo, la coherencia es total pero también lo

es la interdependencia. Lo que hemos creado con la globalización es un mundo mucho más eficiente, pero más frágil porque cada crisis tiene repercusiones en varios aspectos distintos.

Las redes sociales son la imagen de la globalización. Navegando de amigo de mi amigo a amigo del amigo de mi amigo puedo llegar a dar la vuelta al mundo. Las interconexiones son infinitas e imprevisibles. El mundo es un lugar complejo y digital que no puede asimilarse con criterios analógicos.

Así, por ejemplo, las tensiones que experimentan los precios de los combustibles fósiles dan lugar a la búsqueda de energías alternativas y al incremento del cultivo de biocombustibles en detrimento de la producción de alimentos. La reducción en la producción mundial de alimentos genera tensiones en países pobres y con sistemas de gobierno débiles que ven como sus tierras cultivables son adquiridas por multinacionales para su utilización en la generación de energía. El hambre y las desigualdades dan paso a revueltas que, de triunfar, suponen guerras civiles en las que hay que intervenir. De no prosperar las revueltas, suponen el desplazamiento de grandes masas de población de forma descontrolada que trasladan el problema a otras zonas, normalmente más prósperas.

La ilación entre un acontecimiento y el siguiente seguiría hasta el infinito. La teoría de ondas aplicada a la geoestrategia. Cada suceso del mundo globalizado tiene su influencia, muchas veces magnificada por los medios de comunicación, en otros muchos campos. El mundo, relativamente sencillo, de hace unos años en que cada crisis podía tratarse por separado, cada parcela puede tener asignado un responsable, ha quedado atrás. Y, con él, las estructuras e instituciones creadas para hacerlo funcionar. El mundo global necesita de soluciones y de gestores globales capaces de relacionar unos campos con otros y prever las consecuencias de cada acción en múltiples campos.

De la búsqueda del especialista que surge de la revolución tecnológica tendremos que pasar a potenciar la figura del generalista ilustrado (un nuevo «hombre del Renacimiento») con amplios y variados conocimientos y capacidad de adaptación. La nueva palabra clave es «flexibilidad».

Aquí es donde entra en juego la segunda expresión, la «resiliencia» o «resistencia adaptativa» (señoras y señores de la Academia, decidan ustedes, a mí el procesador de textos me subraya en rojo las dos expresiones).

La «resiliencia» es la capacidad para absorber golpes sin romperse. No necesariamente significa que el golpe no nos afecte, puede modificarnos pero somos lo bastante flexibles como para asumirlo y reaccionar. La famosa hidra de los trabajos de Hércules es un ejemplo muy adecuado. Los mandobles de Hércules dañaban su estructura que, sin embargo, reaccionaba generando otra u otras cabezas para sustituir a la inutilizada. «Resiliencia» es la capacidad para absorber el impacto y reaccionar inmediatamente con un mecanismo que esté, si cabe, mejor adaptado que el anterior para el siguiente golpe.

En la red global necesitamos un material que asimile el impacto, que minimice sus consecuencias, que transmita lo menos posible la fuerza del mismo y que, finalmente, genere de forma automática el antídoto para el siguiente golpe. De ese material tenemos que construir nuestras nuevas instituciones y mecanismos de consulta.

En el planeta mundializado los plazos son, relativamente, intrascendentes. El mundo global exige inmediatez. El correo se ha vuelto electrónico para viajar a la velocidad de la luz. *Google* es un instrumento imprescindible en un ambiente en el que la búsqueda secuencial de datos en una enciclopedia o en una biblioteca se ve en blanco y negro y con interferencias. Hemos sufrido tres crisis seguidas en la última década por nuestra falta de adaptación a las nuevas reglas. ¿Cuántas más necesitaremos para aprenderlas?